





sia: cuando todos los poderes sucumbian y todas las influencias se estrellaban, solo el clero hizo frente y opuso diques al torrente asolador; con su influjo hizo prosperar la agricultura, progresar la industria, y escudó el comercio; á su sombra estos alimentos vitales de los pueblos prosperaron, y por sus esfuerzos la Europa marchó á su regeneracion.

Los monacales, tan vituperados en nuestros dias, hermosearon é hicieron fructíferos, yermos poco antes incultos, bosques que prestaban albergue á feroces animales y asquerosos insectos, vírgenes á los trabajos y herramientas del labrador, en cuyo seno ni la podadora, ni el arado, habian penetrado; y merced á esto hoy los vemos convertidos en ricos viñedos, en amenos prados y en fructíferas vegas; allí se alzan poblaciones florecientes, y á la sombra de los monasterios no hay elemento de civilizacion y prosperidad, que no se haya desarrollado de una manera prodigiosa.

La Iglesia, encumbrando la sociedad y dando estabilidad á los pueblos y á los poderes, fijando las bases de buenos gobiernos, habia llevado á un grado de progreso inconcebible la civilizacion; y cuando más en bonanza navegaba, al embate de violentas pasiones, fué agitada horriblemente. Los emperadores, traspasando sus límites y asaltando sus derechos, violentando sus inmunidades y turbando su reposo, quieren gobernar la barquilla

del Pescador, y manejar con su despótico cetro la nave que debieran defender, y cuyo gobernalle confió el Señor á Pedro, y en él á todos sus sucesores, á quienes estableció sus vicarios en la tierra con el derecho de atar y desatar, de absolver y condenar, de dirigir las conciencias y reglar la moral del mundo; y de esto nacen las investiduras que, por espacio de más de un siglo, llenaron de escándalo el mundo, de males la sociedad y de luto la Iglesia. Para cortar estos males y poner término á tanta depravacion, la Iglesia acudió á su doctrina; y despues de muchos combates se escuda en la supremacia pontificia, y establece la division de los dos poderes: seria por demas enojoso, narrar uno por uno todos los hechos, todos los combates que, con este motivo, tuvieron lugar; y no siendo éste el sitio en que nos debemos ocupar de esta materia, estando en el cuerpo de la obra tratada, creemos inútil reproducirla, concretándonos solo á decir, que solo nos cumple en la presente deduccion hacer ver: que la supremacia pontificia se reconoció; que cada poder tuvo sus límites que no puede traspasar; que uno al otro se deben proteccion; que la agricultura, la industria y el comercio, como los demas ramos civilizados, son deudores al clero de su prosperidad; que solo él los elevó; porque solo él les dió su proteccion, se ocupó de ellos, se consagró á su prosperidad.



Quando contemplamos el modo como se deprimen los monacales, y el cinismo con que se les proclama holgazanes é inútiles, nos sentimos inclinados á creernos soñando, ó que un vértigo fatal ha trastornado todos los cerebros y preocupado todas las almas, pues á no ser así, no podemos concebir cómo se desconoce que ellos copiaron libros, secaron pantanos, desmontaron bosques, cruzaron el mundo, y convirtiéndole le civilizaron, y con su trabajo elevaron las artes, y con su industria florecieron las ciencias, y con su aplicacion la agricultura progresó, el comercio tuvo nuevas vías de comunicacion y nuevos mercados, los pueblos se comunicaron, se trataron, y el espíritu de guerra fué cediendo su imperio á la razon, al par que, por todos los medios ejerciendo la caridad, llegaron á hacer amados y respetados sus monasterios, venerados de todos, como siempre es venerada y amada del hombre la mano que le socorre, que enjuga sus lágrimas y derrama en su corazon oprimido el bálsamo del consuelo y el rocío de la felicidad.

Dejamos en esta primera parte de nuestro trabajo, manifestados los grandes beneficios prestados por el clero á la humanidad y á la civilizacion, dejamos anotado cuánto hizo progresar la sociedad y los grandes adelantos que en ella introdujo, y esta manifestacion es la prueba mas completa de sus inmensos servicios, es la apología mas con-

cluyente contra las calumnias con que sus enemigos pretenden denigrarle; y por esto creemos, si no haber llenado cumplidamente y como quisiéramos nuestra mision y los deseos nuestros y de las almas piadosas, al menos haber manifestado á nuestros enemigos, que aun tenemos energía para defendernos y poner de manifesto nuestra inocencia y su injusticia; pero no podemos concluir esta deduccion sin hacer una salvedad, y es: en muchas de las materias que tratamos nos hemos propuesto indicar el origen de algunas de las utopias mas proclamadas por el siglo, sin que sea nuestro ánimo, ni menos nuestro deseo verlas realizadas; es sí la causa porque no se crea, si son adelantos, que los ignoró la Iglesia, debiendo siempre tener á la vista, que si no las planteó, fué, porque militaban en contrario razones de mas utilidad y conveniencia para la humanidad y para la civilizacion: y si bien es verdad que estos puntos tienen en su lugar oportunas salvedades, nos parece oportuno hacer aquí esta protesta diciendo: que nuestro ánimo al escribir, es sujetar nuestro escrito á las determinaciones de la Iglesia; que retractamos cuanto no sea conforme á su doctrina, y desde ahora protestamos, que solo en nuestra obra queremos lo que sea para su lustre y esplendor.

Tambien debemos advertir que no habiéndose hecho la impresion bajo nuestra inspeccion inme-



diata, tendrá defectos y yerros de imprenta inevitables, y que creemos disimularán nuestros ilustrados lectores; mas para salvar nuestra responsabilidad lo advertimos, y anotamos los siguientes por ser indispensables: En la pág. 159, lín. 2ª del tom. I, se lee: "*El Verbo, que no debia ser una misma cosa con Dios,*" lo cual es una herejía toda vez que en el Evangelio de S. Juan se lee lo contrario, y que el misterio de la Santísima Trinidad nos manda creer, que aunque Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas distintas, hay un solo Dios verdadero; así pues debe leerse: "*El Verbo, que debia ser una misma cosa con Dios.*" En la pág. 161, lín. 2ª del tom. I, se dice: "*pero ni el poder del uno (el príncipe) ni la accion del otro (el gobierno) pueden penetrar en la mente, ni en las conciencias.*" esto es un error toda vez que al obedecer, lo hacemos, porque en el alma penetra la idea del deber, y en la conciencia la de súbditos; pero lo que no tiene cabida ni en la mente ni en las conciencias, ni menos accion, es la violencia, porque la voluntad es libre, y así debe leerse: "*pero ni el poder del uno, ni la accion del otro, pueden violentar la mente, ni las conciencias.*"

Réstanos solo en esta deduccion rectificar dos pasajes de nuestra obra, para acallar los rumores de los críticos: sea el primero, en la p. 52, l. 13 del tom. I, hablando de S. Pedro y S. Juan, dice: *Que fueron azotados en pública asamblea con edifi-*

*cacion de la Iglesia.* Al escribir esto hemos tenido en cuenta la redondez del periodo; y así, para evitar que nadie dé á estas palabras un sentido que dista mucho de la verdad, manifestamos: Que la Iglesia, como buena madre, si bien siente y llora la muerte de sus hijos, tambien se gloria en sus triunfos, y se edifica con la resignacion y constancia de sus mártires. El otro pasaje que rectificamos es, el de la pág. 56, lín. 12 del tom. I, donde se dice, *que en Atenas se amotinó el pueblo á instancias de los artistas de amuletos,* y debemos decir que fué en Éfeso, segun los Hechos apostólicos, donde el platero Demetrio concitó la plebe contra el apóstol.

Tales son las observaciones que en esta deduccido hemos creido conveniente hacer, para que nuestra obra sea de todos entendida y considerada en su verdadero punto de vista. En cuanto á su doctrina, protestamos de nuevo, que la sujetamos al fallo de nuestra madre la Iglesia católica, apostólica, romana: ¡quiera Dios que sea todo para honra y gloria suya y bien de las almas, que es nuestro deseo!